

el imperio de nuestros indígenas, su alimentación, su desarrollo agrícola, su modo de vivir, su organización política y social.

Llega el autor a la entrada del conquistador al Tucma, al descubrimiento del mismo, a la conquista, a las primeras fundaciones. La exposición es amplia y prolijamente documentada. Al través de ella, se observa la transformación que se va operando en estas tierras. Deja la sensación que produciría el paso de un mundo a otro de caracteres opuestos. Los nativos ceden su suelo y su organización al conquistador y con ellos caen todas las tradiciones de esas gentes de origen milenarío, que el autor analiza y enaltece con singular simpatía.

Los capítulos siguientes tienen un valor filológico extraordinario. En ellos se estudia la nomenclatura de valles, llanuras y pueblos designados con voces del lenguaje de los aborígenes. Tucma es la primera de ellas. Aconquija, Amaicha, Tafi, Yucuma, Belicha, Lules, Burruyacu, entre muchas más, siguen después. El estudio, desde este punto de vista, es completo. La investigación ha sido amplia. La documentación acopiada por Storni le permite llegar a conclusiones acertadas o que, por lo menos, satisfacen al lector.

Como portada, presenta el libro un croquis del Tucma indígena, de que el mismo Storni es autor, con valiosas referencias para orientar al lector en la lectura del interesante volumen.

EDUARDO ALONSO CRESPO

JUAN PABLO ECHAGÜE, *Vida literaria*.—Buenos Aires, Colección "Ayer y Hoy" de la Editorial Sopena, 1941. 160 pp.

Juan Pablo Echagüe es un agudo e informado crítico teatral, historiador de méritos relevantes, periodista y polemizador de elevada intención y noble tono. Su labor literaria, como no podía menos de ser en un hombre de su talento y de su cultura, le ha dado justa notoriedad en todos los países del continente y en algunos de Europa, donde se lo considera con justa razón como una de las grandes figuras del pensamiento contemporáneo. *Una época del teatro argentino, Un teatro en formación, Hombres e ideas, Letras francesas, Por donde corre el Zonda, Tres estampas de mi tierra*, y muchas otras, cuya enumeración resulta innecesaria por conocidas, dicen bien a las claras de las virtudes literarias de Juan Pablo Echagüe. El premio nacional de literatura, así como otras distinciones igualmente significativas, constituyen nada más que un reconocimiento a su valiosa labor.

*Vida literaria*, que ha puesto ahora en circulación la editorial Sopena Argentina por medio de su Colección "Ayer y Hoy", en un elegante

volumen de 160 páginas, participa de todas las cualidades comunes a la producción general de Juan Pablo Echagüe: serenidad de juicio, capacidad de análisis, facultad de exposición y belleza artística. Desfilan así, en animada sucesión, Esteban Echeverría, José Mármol, Ramón J. Cárcano, José León Pagano, José Antonio Oría, Gregorio de Lafarrere y Roberto J. Payró. El volumen se inicia con un estudio del arte como trasunto y afirmación de la conciencia argentina. Sólo el sentir del corazón humano sobrevive a los siglos, dice Echagüe, y agrega que si el hombre, cambiante, contradictorio, nunca igual ayer y hoy, se parece universal y eternamente a sí mismo, es porque el dolor, la alegría, el entusiasmo, hablaron siempre por su corazón idéntico idioma. Las emociones del hombre de los siglos pasados son iguales a las del hombre del presente. El arte, por ser el lenguaje ecuménico del sentimiento, constituye, así, la más fiel historia de la humanidad. Del afán de eternidad y del anhelo de belleza que torturó el alma del hombre y seguirá torturándola siempre, nació el arte, y por el arte viven todavía remotos pueblos desaparecidos, cantores y poetas que supieron hacer inextinguible el instante de eternidad que a todo hombre le es dado vivir sobre la tierra, como decía Unamuno. Viviendo, sufriendo, amando y odiando, el hombre va tejiendo dolorosamente, con sangre de su corazón, la sutil urdimbre del arte. No le interesa que no lo entiendan y menos aún que su grito no encuentre a veces resonancia entre los demás hombres. El trabaja lo mismo, porque le acucia el afán de crear, lo tortura el sentido de la belleza y aspira a perdurar, a hacer eterno por la obra el tránsito menguado. Toma un trozo de vida, de su propia vida, lo fija, lo inmoviliza, y agregándole nueva vida por el arte, lo proyecta hacia el futuro. Otras veces son sus ensueños, sus afanes, sus ideales los que reduce a materia artística para hacerlos vivir, mejor dicho, para que no mueran con su muerte material, perduren, se renueven con el tiempo, sigan latiendo, a pesar de los siglos, y sobrevivan a la infinita cronología del tiempo. ¿No es acaso maravillosa la comprobación de que a cien, a quinientos, a mil, a dos mil años de distancia artistas hay que siguen amando, riendo, odiando, sufriendo o gozando? El arte ha vencido a la muerte y la eternidad del alma la ha logrado el hombre por la obra, por el espíritu.

Es todo esto lo que estudia Juan Pablo Echagüe con belleza de estilo, con penetrante sentido crítico, con amor, con erudición, consciente de que hay un destino espiritual argentino a perseguir y que existen figuras en nuestro medio que se afanaron y se afanan por lograrlo.

ALBERTO ELSINGER